



BIBLIOTECA DE AUTOR

**GONZALO CAJARAVILLE**

*Omnipresente*

*Vestigios de una conciencia prohibida*

EL GUARDIÁN LITERARIO

**GONZALO CAJARAVILLE**

*Omnipresente*

*Vestigios de una conciencia prohibida*



**EL GUARDIÁN LITERARIO**

*A Paula, mi amor y compañera de vida.*

*A mi madre, mis hermanas y mis sobrinos,  
que son mi pequeña y gran familia.*

*A quienes me ofrecieron sus críticas constructivas,  
y colaboraron con esta obra.*



EL  
GUARDIÁN  
LITERARIO

# Índice

<i>Prefacio</i> .....	11
<i>Capítulo I - La negación</i> .....	13
<i>Capítulo II - La suspicacia</i> .....	42
<i>Capítulo III - La anomalía</i> .....	68
<i>Capítulo IV - La aceptación</i> .....	95
<i>Capítulo V - La búsqueda</i> .....	127
<i>Capítulo VI - La confrontación</i> .....	152
<i>Capítulo VII - La conciencia</i> .....	184
<i>Capítulo VIII - La abnegación</i> .....	218
<i>Capítulo IX - La osadía</i> .....	249
<i>Capítulo X - La redención</i> .....	277

## ***Prefacio***

La Real Academia Española define el término *creer* como “Tener por cierto algo que el entendimiento no alcanza o que no está comprobado o demostrado”. Esta definición formal nos arroja un primer acercamiento al significado de esta acción tan propia y particular del ser humano.

Todo individuo tiende a creer en algo o en alguien. Este acto deliberado es lo que nos permite albergar esos pensamientos carentes de certeza, es lo que nos brinda la posibilidad de sentirnos completos.

Esta búsqueda interminable por entenderlo todo nos obliga a cubrir con nuestras creencias lo que no logramos obtener desde la demostración científica.

Incluso es tan impetuosa esta necesidad, que solemos defender con mayor vehemencia nuestras creencias por sobre los conocimientos basados en pruebas, tal vez porque estos últimos ya se encuentran respaldados por la ciencia. En cambio, las creencias dependen exclusivamente de nuestra fe, y sin nuestro asentimiento inevitablemente dejarían de existir.

En este sentido yo expongo mi creencia hacia la vida más allá del planeta Tierra. A su vez, respeto las posiciones que expresan lo contrario, aunque deo de manifiesto que aquel pensamiento opuesto también representaría una mera forma de creer.

Considerando que la exploración del universo por parte del hombre ha sido ínfima, resultaría lógico pensar que no hay suficientes pruebas para arribar a una conclusión definitiva, ya sea por la aceptación o rechazo de estos pensamientos. En definitiva, ambas posturas padecen la ausencia de sustento científico y deberían ser respetadas por igual.

Este libro propone un recorrido por aquellas historias y pensamientos que yacen en el ámbito del fenómeno OVNI. La narración nos ofrece una atrapante aventura de ciencia ficción donde, mediante personajes y sucesos ficticios, se intenta describir hechos y testimonios que hoy se refugian en el mundo de la ufología, a la espera de una mayor aceptación.

El propósito de esta obra es alentar con sus líneas la pasión por el fenómeno, y ofrecer un interesante pasatiempo a quienes disienten, dejando, quizá, la puerta abierta a la reflexión.

# Capítulo I

## La negación

### 1

Abrió sus ojos y despertó estremecido ante el recuerdo latente de un mal sueño. Al incorporarse, desprendió bruscamente su espalda sudada de la butaca que lo sostenía. Aún exaltado por aquella pesadilla, intentaba recobrar la calma mientras las escenas revoloteaban por su mente.

No era la primera vez que Ignacio Geranio padecía este tipo de sueños y, cada vez que lo perturbaban, un insólito patrón se repetía. Este reunía una agobiante sensación de pánico junto a la imagen de su cuerpo rodeado por extrañas figuras. Ignacio no lograba interpretar el significado de esa escena, pero una cosa era segura: no deseaba volver a invocarla.

Concluido ese instante de tensión, se reincorporó a la realidad dejando detrás la austera pesadilla. Una vez repuesto, dedicó un momento a reacomodar su cuerpo en el asiento y, mientras lo hacía, le fastidió sentir cómo el aire acondicionado helaba su piel aún húmeda por la transpiración.

Tras habituarse al ambiente, se tomó unos segundos para contemplar el marco que lo rodeaba. Aquel contexto mostraba una cabina de pasajeros prácticamente repleta,

donde la mayoría de las personas se encontraba descansando. La escena transmitía un clima armonioso bajo una iluminación muy tenue y un silencio reconfortante.

Con el cuerpo distendido y la mente más despejada, se dispuso a aguardar las últimas horas de vuelo. Buscando la manera de conciliar con la espera, optó por retirar un pequeño libro de su mochila. Se titulaba *Macbeth*, y se trataba de una de sus obras literarias favoritas. Esta tragedia escrita por William Shakespeare parecía convertirse en el pasatiempo ideal para aquella instancia. Sin embargo, al momento en que volteaba las primeras páginas del ejemplar, una diminuta carta se hizo presente entre medio de las hojas. Esa nota, deteriorada por tantos pliegues hechos y deshechos decenas de veces, poseía un alto valor para él, que con cierta melancolía se disponía a repararla nuevamente.

*Ignacio:*

*Lamento que esta carta deba ser el modo de transmitirte mis sentimientos y no hayamos podido comunicarnos de otra manera. Tal como te dije, necesito aislarme un tiempo para encontrar respuestas a tantos interrogantes.*

*Por el momento prefiero que no sepas mi destino, ya que no quiero que interfieras en mis decisiones. De todos modos, te llamaré en cuanto pueda.*

*No te preocupes por mí porque voy a estar bien. Espero que puedas comprenderme.*

*Te quiero mucho.*

*Sofía*



Dobló la carta y la volvió a guardar dentro del libro, pero sus líneas continuaron presentes en su mente. El anuncio fue contundente y, a pesar de la desazón, tuvo que aceptarlo: ella se había marchado.

La iniciativa fue un duro golpe, él no pudo comprender por qué ella eligió ese camino. Si bien las circunstancias admitían esa posibilidad, jamás consideró que pudiera llevarla a cabo.

En su opinión, los hechos que habían perturbado su vida no habían sido más que fantasías y alucinaciones propias de su imaginación. Sus conclusiones lo llevaron a pensar que Sofía había perdido el juicio y el control de sus actos, pero lo que más le dolió fue que prescindiera de su ayuda.

Eran las siete de la mañana y ya habían transcurrido más de seis horas desde que el avión había partido del aeropuerto de Ezeiza. Tras haber abandonado Buenos Aires, la aeronave se encontraba sobrevolando las aguas del Pacífico a una altura aproximada de diez mil metros. A escasas horas de ingresar en tierras norteamericanas, el destino previsto era el aeropuerto de Dallas, lugar donde Ignacio realizaría el transbordo para arribar finalmente a California.

Allí lo esperaría Julia Lirios, una amiga de su infancia que vivía en los Estados Unidos. Ella había partido hacia aquel país cuando era una adolescente, y desde entonces residía en la ciudad de Sacramento, lugar donde poseía una lujosa casona junto a su padre, un

distinguido profesor de historia titular de varias cátedras en la Universidad Estatal del lugar.

Días atrás, Ignacio había sostenido una conversación telefónica con Julia. La llamada lo había alertado acerca de la delicada situación que afectaba a Sofía. Tras la noticia, Ignacio había decidido ir en su búsqueda apelando a la ayuda de su amiga, ya que era la última persona de su entorno que había tenido contacto con ella. En consecuencia, la información que ella pudiera suministrarle sería sumamente importante en sus aspiraciones de reencontrarse con Sofía.

## 2

La partida de Sofía fue el corolario de una etapa teñida de confusión y desasosiego, donde una serie de sucesos misteriosos desató el flagelo que afectó a la pareja durante el último tiempo. Aquellos episodios insólitos fueron socavando un abismo que derivó en la ruptura de la relación.

En los primeros meses de crisis, Ignacio mantuvo una postura solidaria ante la situación, donde ambos enfrentaron las aflicciones que corrompían el presente de Sofía. Pero con el correr de los días, su posición fue tornándose opuesta, ya que a medida que la incertidumbre se acrecentaba, su paciencia se consumía provocando cierta desconfianza hacia su compañera. Desde entonces, las discusiones se hicieron recurrentes y con ellas los conflictos se tornaron irreversibles.

En las últimas instancias, Ignacio consideraba que el origen de los hechos se debía a una conducta esquizo-frénica por parte de Sofía, desacreditando así sus relatos acerca de sucesos inexplicables. Este pensamiento lo alejó definitivamente de su pareja y de la posibilidad de encontrar una solución a la crisis. La situación se prolongó por el lapso de varios meses hasta que, indefectiblemente, el quiebre se hizo presente tras una fatídica discusión.

El incidente se produjo durante el transcurso de la última noche compartida. En aquella oportunidad, Sofía exhibía su angustia ante la falta de comprensión de Ignacio, quien, a su vez, se mostraba intolerante y preocupado por el comportamiento que advertía en su compañera. Ante ese clima adverso, el cruce de posturas estalló poco antes de la cena. Fue entonces cuando Sofía se arrojó a la mesa para dirigirse a él incisivamente.

—Sé que no va a ser sencillo para vos, pero me siento muy presionada con esta situación —quedó en silencio un momento e hizo un gesto con su mano, dando a entender que deseaba continuar con su relato antes de que fuera interrumpida—. Estoy en una etapa delicada, y aunque resulte difícil de comprender, necesito un tiempo para recuperar mi estabilidad —dijo cautelosamente y forzando la voz para no quebrarse—. Espero que no tomes esto como algo definitivo, creo que podremos superarlo. ¡Pero ahora es necesario que nos separemos por un tiempo!

Durante un instante se prolongó un silencio agónico, mientras Ignacio trataba de asimilar lo que estaba

sucediendo. Tomó a su compañera de la mano e intentó hallar la forma de revertir su decisión. Pero antes de que pudiera pronunciar palabra, Sofía estalló en llanto y dejó escapar toda la angustia que venía acumulando ya desde hacía tiempo atrás. De inmediato, Ignacio cobijó el cuerpo de ella entre sus brazos intentando contenerla. Secó las lágrimas que caían por sus mejillas y, tratando de interceptar su mirada atónita y pérdida, se esforzó por brindarle aliento con sus palabras.

—Sé que podemos superar esto juntos, pero no creo que la solución sea alejarnos. Por el contrario, eso sólo va a empeorar las cosas —acotó, mientras observaba sus ojos teñidos de confusión.

—Vos no podés comprender lo que me está pasando, esto es algo que sólo yo puedo entender. Necesito que tengas paciencia y me des un tiempo para recuperarme —contestó, haciendo esfuerzos por ser convincente.

—Discutimos esto muchas veces y no llegamos a ningún lado. Tal vez necesitemos la ayuda de un profesional que te permita ver las cosas de otra manera... —Su discurso fue interrumpido abruptamente por un espontáneo gesto de fastidio por parte de Sofía.

Su rostro, hasta hacía un instante triste y desvanecido, se convirtió en un gesto de ira. Se levantó de la mesa y se dirigió a la habitación sin hacer más comentario. En ese instante, Ignacio comprendió que la mejor opción era no insistir con el tema, por lo que se propuso no molestar a su compañera. Pero jamás imaginó que tras esa discusión no volvería a verla.

En medio de ese ambiente hostil concluyeron los actos de aquella noche desafortunada, pero los hechos más trascendentes sucederían a la mañana siguiente.

Ignacio despertó poco antes de la seis de la mañana aturdido por el sonido del reloj despertador. Tras apagar el artefacto, se mantuvo sentado a los pies de la cama mientras se sacaba la modorra de encima. Al incorporarse, se extrañó ante la ausencia de Sofía en el cuarto. Dedicó unos segundos a inspeccionar la casa que ambos compartían en su búsqueda, y, ante la negativa, recordó preocupado la discusión que habían mantenido la noche anterior. Un intenso escalofrío recorrió todo su cuerpo, palpitando la presencia de un nuevo hecho desafortunado.

Resignado ante la carencia de todo tipo de rastro, intentó comunicarse con el teléfono móvil de Sofía. Tras conectarse la llamada, se oyó desde la cocina, el *ringtone* que ella había asignado a las llamadas entrantes de Ignacio.

Asumiendo lo que esto significaba, se dirigió hacia la alacena, lugar desde donde provenía el sonido. Al abrir la puerta, se encontró con el celular de Sofía y un pequeño sobre de papel que reposaba debajo del aparato. En la parte frontal de este, se leía el nombre de Ignacio escrito prolijamente. Ansioso, retiró de inmediato la nota que se hallaba en su interior guardada. Tras leer el mensaje, comprendió que las palabras anunciadas por Sofía la noche anterior se habían convertido en un hecho. Abatido por la realidad, apoyó su cuerpo sobre la

pared y deslizó su espalda hasta desplomarse en el piso, donde permaneció sentado por unos minutos. Durante aquel instante de angustia, tan sólo atinó a estrujar la carta en varios pliegues mientras sentía cómo su corazón se rompía en pedazos.

3

De pronto una turbulencia agitó fuertemente el avión en el que viajaba Ignacio. Tras el brusco movimiento, un ligero malestar se instaló entre los pasajeros exaltados por la situación.

En medio del murmullo generalizado, se destacaba la ira de una joven que bufaba enérgicamente por culpa del café derramado sobre su blusa color salmón, que había quedado prácticamente arruinada. Por otro lado, sobre uno de los asientos linderos al pasillo, un señor robusto de edad avanzada buscaba alguna pertenencia extraviada durante el desorden.

Al mismo tiempo en que Ignacio quitaba la vista de esas personas, sus ojos hicieron foco sobre un par de anteojos tirados en el suelo a unos pocos centímetros de donde estaba, y al instante asoció el objeto identificado con la preocupación de aquel hombre. Tomó las gafas con cuidado y dedicó unos segundos a revisarlas. El estado era bueno y poseían un aumento más que llamativo. Tras la breve inspección, se acercó a la ubicación del anciano y le mostró las gafas. El hombre se mostró

sorprendido y exclamó efusivamente algunas palabras de agradecimiento en inglés. Su acento era extraño pero resultaba claramente entendible para Ignacio, quien dominaba perfectamente el idioma. Luego este se dirigió al anciano amablemente.

—¿Creo que los anteojos le pertenecen? —dijo el joven, en un fluido inglés.

—¡Oh!... ¡Sí! Los estaba buscando desesperadamente. Sin ellos no puedo ver casi nada. ¡Te agradezco mucho la gentileza! —correspondió el anciano con gesto de alivio—. Mi nombre es Edgar. ¡Edgar Lotus! —concluyó mientras le tendía la mano.

—El mío es Ignacio Geranio —respondió estrechándose.

—¡Por lo visto te debo un favor!

—No me debe nada señor Lotus.

—¡Por favor, dejemos los formalismos de lado! Me haces sentir como un anciano —dijo con una sonrisa—, llámame Edgar, Ignacio.

—Muy bien entonces, Edgar —afirmó al mismo tiempo en que observaba su rostro.

Aquel hombre, de unos ochenta años de edad, lucía unas arrugas que se pronunciaban profundamente en las mejillas y debajo de los parpados. Su cabellera gris y débil declaraba aún más el paso del tiempo. Pero lo curioso de su aspecto era el contraste que presentaba su actitud enérgica y vital ante su físico envejecido.

Edgar vestía un traje elegante de alta costura italiana. Sobre el extremo superior del bolsillo del saco lucía

bordado un distintivo de la Fuerza Aérea. La insignia llamó poderosamente la atención de Ignacio, quien estuvo allí su mirada por un instante. Segundos después, el anciano retrocedió unos pasos y, antes de voltearse hacia su asiento, tomó una tarjeta de su bolsillo. Mientras se la entregaba, aprovechó para despedirse de Ignacio.

—Esta es mi tarjeta. Tal vez algún día pueda devolverte el favor. ¡Buen Viaje! —concluyó cordialmente a lo que Ignacio respondió con un gesto de gratitud. Tras el breve diálogo ambos retornaron a sus asientos.

Durante un momento, Ignacio se mantuvo pensativo ya que aquel hombre le resultaba extrañamente familiar, aunque daba por sentado que jamás lo había visto con anterioridad. Tras la reflexión, se concentró en la tarjeta que aún sostenía en su mano. Al contemplarla, se sorprendió ante los cargos que precedían al nombre del anciano, quien se distinguía como Teniente Coronel de la Fuerza Aérea Norteamericana, Licenciado en Antropología y Ufólogo.

Era una diversidad de atributos que despertaba no solo asombro, sino también curiosidad. Aunque de todos ellos, el que más le llamaba la atención era el dedicado a la ufología. Esa inquietud resultaba predecible en Ignacio: él realmente no creía en esas cosas.



